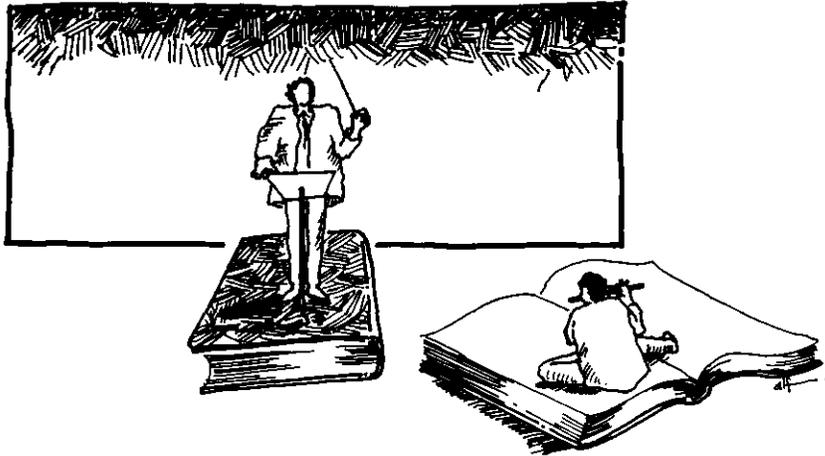


# Las Cuatro Jornadas de Jean Gourdan

Eduardo Mora-Anda

*«Tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado»*

Eclesiastés 3:2.



**H**ace un tiempo encontré en la biblioteca familiar una pequeña novelita de Emilio Zolá, "Las Cuatro Jornadas de Jean Gourdan". La obrita, condenada al olvido, me cautivó y decidí anotar algo en torno a ella.

Trátase de un relato que sigue el ritmo del Eclesiastés: se entiende la vida humana como una sucesión de diversas estaciones.

Primavera: el joven mira, entre eufórico y extasiado, el deslumbrante espectáculo de la Naturaleza. Los prados están riendo, los horizontes son amplios, la luz se derrama y se cuele por todas partes. Y, mientras corre el río con calma brota un trino en nuestro corazón que nos lleva a soñar tendidos en la yerba blanda... Este es el tiempo en el que el amor nos ofrece sus

miradas y un cuenco de mieles, tentador e inocente. Tal es la primavera que vive Jean Gourdan, como todos los hombres. Jean sueña junto al río Duranzo, se extasía ufánamente ante el esplendoroso cuadro de los valles y los árboles y juega al primer amor con Babet, la dulce aldeana. La voz de su tío Lázaro, la voz del anciano previsor, viene a sacarle de sus ensueños: los años pasan y Jean, hecho ya todo un hombre, ha de ganarse el sustento.

Viene entonces el verano. La vida es exigente lucha y sacrificio. La vida es un doble esfuerzo por sobrevivir y avanzar. Hay que trabajar y hay que afrontar la violencia ajena. Jean Gourdan tiene que ir a la guerra —la juventud ha de pagar un sangriento tributo a las ambiciones. Este es el tiempo de todas las contiendas: el de la contienda del alma consigo misma y el de la contienda animal entre los cuerpos, el de la contienda de ambiciones y entre individuos y el de la contienda entre las naciones. La vida en esta estación se llama enfrentamiento, y competencia, pues alguien ha de sufrir para que otro sobresalga. Gourdan tiene que luchar en ajenas tierras, lleno de nostalgia por el hogar remoto y mítico, lleno de temores e inquietudes frente a un mundo de odio, sinrazón y salvajes pasiones.

Otoño: los campos frutecen, las mieses doran el paisaje y bailotean al viento. La vida se vuelve más sencilla, y por sencilla es más buena; brinda al hombre la calma y la dulzura de hogar. Jean entonces conoce la felicidad de llegar a ser padre: puede mirar sus propios gestos y los bellos ojos de Babet en ese niño que trae una nueva posibilidad de ser al mundo. Pero el otoño es también el tiempo en que caen las hojas y los árboles duermen: Babet y Jean pierden al buen tío Lázaro, que desaparece dejando tras de sí la sola imagen de su venerable recuerdo.

Y, al fin, el Invierno. La Naturaleza se rebela contra el hombre y lo acuchilla. El hombre no es una criatura fuerte sino "un junco que piensa"; y las fuerzas naturales fácilmente lo arrollan y se burlan de los humanos imperios. Los vientos, los rayos, los huracanes, las tempestades se lanzan como enemigos brutales y azotan al hombre. El río Duranzo enloquece y se lleva la cabaña y los sauces. La inundación y la tragedia es tal que desaparecen Babet, la dulce joven y madre, Jaime, estampa del buen hijo y Margarita, la doméstica, que en la novela de Zolá representa a los más humildes. La muerte llegará para Jean Gourdan como la única liberación de una cadena trágica e irrevocable de fatalidades.

Y después se hace el gran silencio de la Naturaleza. Frente a siglos y eones, la grande y enana vida de un ser humano. Pasado el drama, el Universo seguirá indefinidamente, como burlándose de tan pequeños y paradójicos sucesos —eso de que una criatura que piensa se acabe... Luego vendrán otros hombres, con nombres igualmente irrelevantes, y ellos también tendrán que cumplir "las cuatro jornadas" y vivir "las eternas alegrías y los eternos dolores". En un relato tan corto, cuatro etapas tan claras como las nítidas "Estaciones" de Antonio Vivaldi, y una gota de eternidad...

